





FRANK ALTIMOR
EL LOBO SOLITARIO



Carlos Riquelme

FRANK ALTIMOR
EL LOBO SOLITARIO



Primera edición: mayo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Riquelme

ISBN: 978-84-17362-28-7

ISBN digital: 978-84-17362-29-4

Depósito legal: M-6108-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Capítulo 1

Frank tenía su vida absolutamente resuelta. Contaba con todo lo necesario para asegurar un buen pasar durante toda su existencia, de responder a las expectativas sociales; nunca se destacaría, pero tampoco conocería la escasez o el abandono.

Frank era huésped en uno de los módulos de interacción en vida virtual, de última generación. Desde que tenía doce años sus estudios, trabajo, vida social y ocio lo realizaba conectándose a través de una cápsula; al igual que millon es de personas.

Era un afortunado, sin embargo, desde hace un tiempo empezó a crecer en su mente el deseo de abandonar la seguridad de los domos para salir a explorar el mundo exterior. Podría haber renunciado a su ciudadanía, pero no tenía los recursos para poner fin a su contrato.

Frank despertaba todos los días a las cinco de la madrugada; inmediatamente se bajaba de la cama y se paraba frente al muro mientras pasaba su mano derecha por el abdomen y el pecho repetidas veces, miraba la pared aún bostezando, repitiéndose a sí mismo en innumerables ocasiones: «Este no es mi destino yo no debería estar aquí. Nadie debería vivir así. Tengo que buscar la forma de salir». Luego se sentaba en la cama y se inclinaba para sacar de debajo de ella una caja con archivos hechos por él, con descripciones de todas las historias de las personas que alguna vez se acercaron a la zona prohibida.

La lectura obligada en la mañana era su libreta negra, en donde por años dejó registro encriptado de los patrones comunes de las historias fantásticas de aventuras contadas por diferentes personas dentro de los escenarios virtuales de socialización para estáticos.

Todas las historias relacionadas con la zona prohibida se trastocaban con la finalidad de no repetir patrones y llamar la atención de los con-

troles del gobierno, pero en la sustancia, todas esas historias eran ciertas. Frank se impuso, desde muy joven, resolver un verdadero acertijo; saber qué sucedía al interior, solo cruzando información de distintas fuentes.

Frank revisaba sus apuntes esa mañana de día viernes cuando por el monitor entró un mensaje de comunicaciones gubernamentales —mensajes para informar de forma directa o general a cada ciudadano— para él:

«Señor Frank Altimor

Número de Identificación: 559801-4

Acerque su retina al identificador por seguridad»

Frank se identificó.

«Señor Frank, usted ha sido transferido a obras exteriores. Se le asignará una nueva habitación en ciudad Capital. Su servicio se extenderá por cinco años. Pasarán por usted en treinta minutos. No es necesario que empaque, se le proveerá de todo lo necesario en su nueva asignación. Confirme entendido»

—Entendido —respondió mientras ponía su mano sobre la opción «Recibido y Entendido» en la pantalla. Por primera vez lloraba desde que era adulto. Nunca había sentido un vacío en su interior. En solo diez segundos le quitaron sus sueños. Al plan de escape trabajado por años le faltaban solo los detalles finales, pero ya no le serviría, prontamente le cambiarían todo el escenario. Se sintió derrotado. No era lo mismo escapar del encierro para ser libre que una transferencia hacia una zona del GU (Gobierno Unido) a la intemperie por motivos laborales. Por primera vez se sintió un esclavo, pero un esclavo sin familia, sin esperanzas, sin un norte. Frank era un muchacho de veintitrés años, alto, de tez blanca, pelo castaño, ojos tristes y de una contextura atlética. Era retraído, un tanto tartamudo cuando se ponía nervioso. Desde los doce años, nunca había salido de su módulo. Ahí se educó, se tituló, conoció a mucha gente y disfrutó de la última tecnología en vida virtual. Su generación fue la primera en usar los módulos con simuladores de sensaciones de última tecnología. En sus ratos libres se juntaba con amigos a recorrer mundos virtuales épicos y jugaban a salvarlo. Los módulos tipo Hacheka tenían un sistema llamado «el envolvente», consistía en una cápsula que el ocupante abría y se recostaba en su interior. Luego, Hacheka adormecía solo el cuerpo del usuario y lo saturaba con una solución acuosa. La máquina

recibía instrucciones del cerebro del ocupante y accedía a distintos escenarios virtuales en los que interactuaba con otras personas, tal como si fuese la realidad física. Así pasó casi toda su vida, se levantaba, se duchaba para luego conectarse con el mundo virtual donde también tenía un trabajo, una novia, amistades y pasatiempos. La tecnología de Hacheka incluso le permitía alimentarse a través de una sonda, se inyectaba una sustancia con todos los nutrientes necesarios, con un recubrimiento para dosificar de acuerdo a las necesidades del organismo; el simulador permitía que el usuario sintiera el sabor de la comida deseada.



Capítulo 2

Frank despertó producto de un enorme calor, acompañado del ruido de un enjambre de maquinarias que se escuchaba cerca de las habitaciones. Abrió los ojos y lo que vio le pareció haberlo vivido antes. Había cientos de literas, una al lado de otra, con jóvenes levantándose, colocándose toallas al cinto y corriendo hacia las duchas. Se escuchaban gritos de una voz ronca que amenazaba con dejar sin la ración diaria de nutrientes a los rezagados. Se trataba del capataz Grolli, un imponente hombre con cara de no saber sonreír, ceño fruncido y un delgado bigote. Grolli era el encargado de los nuevos obreros que trabajarían en la construcción de domos para la instalación de nuevos módulos para los nuevos huéspedes.

Frank, como todas las mañanas, reflexionó sobre su vida. Se sentía atrapado por las obligaciones necesarias para mantenerse en el GU, pero con un profundo deseo de salir al exterior y olvidarse de las expectativas de su entorno sobre él. En su interior sentía una dosis de resignación que le permitía seguir siendo un ciudadano obediente; teniendo como recompensa la protección y estabilidad entregada por el GU. Era un agradecido, pero siempre se decía así mismo: «La resignación a la rutina te convierte en robot», frase sacada de un diálogo de un cuento infantil, pero grabada a fuego en el corazón de Frank.

Él no quería arrancar para orbitar de manera errante fuera de las sociedades organizadas; solo pensaba tener un potencial más allá de las oportunidades establecidas para su estereotipo. Se imaginaba siendo el líder de un grupo de valientes soldados, penetrando la zona prohibida y colocando de rodillas a los seres que ahí habitaban; quería ser recordado como el hombre al que todo hombre y mujer debe agradecer. No podía entender la inacción del GU y de otros estados potentes; como Victoria

o Fresia, frente al avance de la ocupación de la «niebla» en distintos puntos de la tierra, estaba dispuesto a dedicarse a desentrañar los secretos ocultos de las zonas prohibidas.

Esa mañana, con la mirada perdida, repetía de memoria los apuntes de su perdida libreta negra:

—Polvo en suspensión, niebla, cenizas emanadas, nubes a ras de suelo, remolinos de vientos, gas tóxico, velo de arena. —Frank extraía de cada historia conceptos con similitudes para agruparlos y descifrar lo que realmente querían describir— Seres negros, hombrecillos cubiertos, sombras fugaces, animales veloces, asesinos oscuros. —Cerraba los ojos para concentrarse e ir armando el escenario— Estruendo vibrante, aullido de las entrañas de la tierra, golpe sísmico..

Irrompiendo en sus pensamientos, Grolli se acercó y le gritó a la cara:

—¡Muévete, basura!

Frank, en un salto, corrió hacia la ducha; eran comunes, sin la privacidad propia de los módulos, pero la adaptación no sería difícil pues, constantemente, con sus amigos jugaban a ser soldados, constructores, bomberos u otro oficio rudo. Sentía, en el fondo, que las personas a su alrededor no le harían ningún daño y al final haría grandes amigos.

Luego del suministro de la ración diaria de alimento, Grolli los condujo a un gran patio. Frank no se sorprendió con la intemperie, la sensación era exactamente igual a lo experimentado en los escenarios virtuales.

Se veían miles y miles de obreros formados, aunque conversando y riéndose, esperando la hora del discurso matutino del general en jefe Boris Kros, encargado de todas las construcciones de expansión. A su cargo tenía tres compañías de soldados destinados a proteger las zonas en construcción y era jefe de alrededor de cuatro mil obreros. Boris Kros era un hombre culto, un excelente orador pero, a la vez, un sanguinario sin piedad. Él elegía a los obreros y a los soldados de sus unidades, siempre buscando a jóvenes fáciles de dominar y de incuestionable lealtad. Era uno de los pocos hombres del GU con acceso directo a la memoria de vida de todos los jóvenes estáticos.

Frank, en el patio, miraba a su alrededor como todo el mundo conversaba animadamente en grupos, pero no podía integrarse a ninguno,

todos estaban en un grado de conversación muy avanzada como para interrumpir. Pensaba él, «Quizás luego haré amigos, soy nuevo aún, no me conocen», cuando desde otro grupo contiguo cuyos adscritos usaban overoles café claro, escuchó un grito:

—¡Frank, Frank, Frank el grande!

Sintió una alegría inmensa, alguien lo identificó e iniciaría una conversación en ese momento. Miró hacia la voz y esta venía hacia él; era Ñeñe, un amigo y compañero de aventura en los campos de simulación. Si bien durante las simulaciones nunca se llevaron bien, en ese momento se saludaron como dos grandes amigos.

—¿Hace cuánto estás aquí? —preguntó Ñeñe.

—Hoy es mi primer día. Me gustó la asignación, sirve para formarme en lo que tengo pensado hacer más adelante —se apresuró a decir Frank.

—Sabes, estamos construyendo un domo para gente que se apaga por más de mil años. ¿Te gustaría apagarte mil años?

—Por supuesto que no, ¿acaso no sabes que es una tecnología aún en desarrollo? No creo que sean ellos mismos cuando despiertan.

—Sí, he escuchado esas teorías. Pero es lo más cercano a viajar en el tiempo.

—Eso venden, pero el sistema consiste en descargar tu memoria, conservar tu cuerpo congelado...

—Solo aseguran tu memoria, aún no saben si podrían reactivar el cuerpo —complementa Ñeñe.

—Lo sé, por lo mismo no estoy de acuerdo con que tu memoria más un programa que actúa por la persona usando como base las decisiones y emociones a lo largo de su vida, sea exactamente la persona.

—¿Pero acaso no sabes? En el proceso de experimentación último, copiaron la memoria de miles de personas. Luego pusieron a la persona y la copia de su memoria en el programa, ambos sometidos a los mismos escenarios. Resultó algo sorprendente, el programa reaccionaba en un ochenta por ciento igual a sus dueños.

—Ñeñe, me parece una tecnología de tercera categoría. Tú sabes que, a todos al nacer, nos inyectan un nano dispositivo en el cerebro que guarda todo lo que ves, oyes, tocas, gustas, además de las sensaciones experimentadas en cada situación, incluyendo cuando estamos dormidos.

Graba todas las reacciones cerebrales, pero no graba tus pensamientos, no existe esa tecnología. El humano solo se comporta predeciblemente cuando sabe que lo vigilan. ¿Qué te asegura que un programa reemplace todas tus intenciones?

—No seas tan escéptico, Frank. ¡Es lo máximo! ¡Me siento inmortal! Cuando tenga los recursos pagaré para que guarden mi memoria, sin importar que la descarguen a un cuerpo artificial. Estoy seguro de que me reconoceré tal cual soy.

—Pero una persona puede actuar correctamente toda su vida, no obstante, simplemente podría estar engañando a su entorno hasta encontrar la oportunidad de actuar de acuerdo a una visión de la realidad totalmente diferente a la lectura...

Frank fue interrumpido por los altoparlantes. Se llamaba al orden y al silencio:

—Soldados y obreros, rearmen sus filas, guarden silencio. Con ustedes, el General en Jefe, Boris Kros.

—Hoy es un nuevo y grandioso día para los ciudadanos GU. No existe en la Tierra, ni en otro lugar, una nación tan poderosa y avanzada como nosotros. Las colonias marcianas lo intentaron copiando nuestra tecnología, pero fracasaron, y hace tiempo hubo que rescatarlas. —A Kros siempre le gustaba recordar las aspiraciones independentistas de colonias humanas en Marte, que finalmente pidieron de rodillas volver a la Tierra. El GU consideraba a la expedición marciana un intento burdo por replicar el GU en otro planeta— Ustedes son parte de la última versión de la evolución humana. También, hoy haremos parte de nuestra obra a quinientos nuevos obreros, elegidos por sus capacidades cualitativas para llevar adelante los proyectos que harán al GU y a la humanidad invencibles, inmortales.

Mientras el general hablaba, la mente de Frank se sumergió en pensamientos, apagando por completo las distracciones del exterior. Empezó a pensar nuevamente en escapar hacia el mundo exterior. Se convenció de que, sin querer, las cosas se le habían facilitado. «Ni que lo hubiese planeado», se dijo a sí mismo, «Escapar del domo era mucho más difícil que escaparse de aquí». Nuevamente le volvió la sonrisa al rostro y se fue a trabajar.

Capítulo 3

—Frank, dice Grolli que te presentes en su oficina —dijo el supervisor.

—¿Qué quiere? —preguntó Frank.

—No lo sé, pero no se ve bien. Recuerda que ya sabe tu secreto. Quizás te sancionará.

Frank dejó de lado el control del robot que operaba, se lo encargó a su compañera Feña y se dirigió con miedo hacia la oficina de Grolli. Nunca el capataz le había mandado a llamar, incluso, hasta entonces, nunca había mantenido una conversación extra laboral con él. Frank solo pensaba en que sería interpelado por su idea de escapar e ir a la zona prohibida, sin embargo, estaba dispuesto a negar todo y decir que solo se trató de una mala broma.

—Siéntate, Frank —dijo Grolli con una voz triste y con su mirada hacia una ventana.

Grolli estaba distinto, se veía demacrado, con grandes ojeras, uniforme arrugado y maloliente.

—Frank, no me conoces —le dijo—. Yo tampoco te conozco, pero sé que quieres escapar.

—No, no, no —se apresuró en responder Frank.

—Silencio —le dijo Grolli en voz baja y llevándose en dedo índice a la boca—. No tienes necesidad de explicarme nada, solo tengo una propuesta para ti.

—Eh... —balbuceó Frank.

—Escucha, Frank, las cosas no se pondrán buenas aquí, se descubrió algo grande y tomarán represalias en contra de todos los capataces, supervisores y obreros. Quizás he estado involucrado en algo no tan bueno últimamente. Temo tener los días contados. Deberás escapar esta

noche, adelanta tu plan para hoy, te puedo ayudar con armas, provisiones y un traje para la intemperie.

—¿Y por qué haría eso? ¿Cuál es su ganancia?

—Te pasaré un paquete, una caja pequeña y no la abrirás nunca. La cuidarás siempre, incluso si dejan de seguirte y estés en una zona segura lejos de ciudad Capital. En ese paquete está lo más preciado que tengo. Algún día te contactaré para darte las instrucciones del lugar en donde físicamente está mi amada mujer y le entregarás el paquete y un mensaje.

—¿Cuál mensaje?

—Le dirás que todo lo que escuche de mí, desde que desaparezca, es mentira. Que mantenga su confianza en mí y nunca olvide que la amo.

—Grolli, escapa conmigo —dijo Frank en voz baja.

—Vendrán por mí en cualquier momento, me descubrirán y solo echaré a perder tu escape. No sabes cuánto quisiera escaparme —dijo entre sollozos.

Frank experimentó una profunda empatía por esa persona a la cual veía como un hombre desalmado, sin corazón y tan seguro de sí mismo. Hoy Grolli estaba frente a él como una persona frágil, acorralada, buscando ayuda en la misma persona que consideró basura.

—Está bien, confiaré en ti. Necesito que generes alguna distracción a las 20:35 horas, un incendio puede ser y, si quieres escapar, te esperaré hasta las 20:45 en la sala de bombas contra incendios.

La sala de bombas contra incendios era un recinto subterráneo donde se ubicaban las bombas de impulsión para abastecer la red de incendios. Esas bombas estaban conectadas a dos estanques que recibían agua de un río cercano.

Frank frecuentaba el lugar desde hacía un tiempo, había notado el bajo nivel de agua de los estanques. El plan era simple: accedía a los estanques por la sala de bombas y, al activarse un incendio, el nivel del agua bajaría tanto que activaría la apertura de las compuertas para permitir la entrada de agua. El agua entraría con fuerza, sin embargo, el flujo se estabilizaría al alcanzar el nivel máximo del estanque. Ese era el momento para escapar por el canal hacia el río, justo antes del cierre de las compuertas.

Grolli miró su reloj y dijo:

—Para eso faltan cuatro horas. Acepto tu ofrecimiento de ayudarme a escapar. Tengo media hora antes de que vengan a detenerme.

—Perdón, señor, pero ¿cuál fue su delito?

—No tengo tiempo —contestó Grolli—. Solo ve a la sala de bombas y espérame ahí.

Frank se quedó parado mirando con cara de espanto. Estaba asustado, su corazón latía a mil por hora. Solo tenía una buena idea que nunca se había sentido capaz de llevar a cabo. Por primera vez se dio cuenta de su carencia; nunca había concretado sus ideas, necesitaba estar presionado por alguien. Sintió más miedo aún, le aterró saber que solo funcionaba estando subordinado, incluso llevando a cabo sus propias ideas. Se prometió a sí mismo liberarse de su falta de autoconfianza.

—¡Corre, basura! —le gritó Grolli a la cara, dejándole restos de saliva en el rostro.

Frank dio un salto, dio media vuelta y empezó a correr. Sentía su cuerpo liviano, el alto nivel de adrenalina lo hacía fuerte, se despejaba fácilmente de cualquier obstáculo, incluso empujaba a todas las personas que se cruzaban en su camino. Los obreros y obreras lo miraban con cara de asombro, pero no le dieron mayor importancia. Cuando la alarma empezó a sonar, la oficina de Grolli estaba en llamas. Todos empezaron a correr en busca de los elementos de emergencia. Grolli, hábilmente, dirigió la operación:

—No usen extintores, el fuego se propaga rápidamente. Usen mangueras, todas las mangueras.

Los obreros acataron la instrucción rápidamente, sin embargo, el fuego ya era incontrolable.

—Razro, quédate a cargo de la maniobra. Iré a ver qué ocurre con los refuerzos.

Razro era otro capataz, alto, imponente, pero no era muy listo. Nunca captó la real intención de Grolli.

—No te preocupes, mandaré a un obrero —contestó Razro.

—Prefiero ir yo, conduciré a la brigada de emergencia por el otro frente para evitar la propagación a la zona de vehículos.

—Tienes razón. ¡Apúrate!

Grolli, ya liberado, se dirigió a la sala de bombas, entró pero no vio a Frank.

—¡Frank! ¡Frank! ¡Frank! —gritaba con fuerza.

Frank se asomó desde una pequeña puerta del estanque, cercana al cielo de la sala, asomando la cabeza.

—¡Por aquí, señor! Dese prisa, las compuertas están a punto de activarse.

Grolli subió hacia los estanques y luego entraron al canal por ellos, colocándose al lado de las compuertas. Una vez ahí, se afirmaron para evitar ser arrastrados por el agua.

Las compuertas se abrieron de golpe, entró el agua en forma violenta. Grolli se desesperó e intentó salir inmediatamente, pero la fuerza del agua lo hizo caer y fue arrastrado hacia los estanques. El cordón de una bota se le trabó en la cabeza de un perno en el fondo del canal.

Se ahogaba, no se podía parar, y los niveles de agua subían. Frank no lo dudó y se dispuso a salvarlo; se sumergió, abrazó a Grolli con un brazo y con el otro se afirmó de una escalera habilitada para hacer mantenimiento a los estanques. Jaló con toda su fuerza y logró sacar a Grolli. El agua ya había alcanzado su nivel máximo y estaba quieta. Ambos nadaron hacia las compuertas mientras estas empezaban a cerrarse. Grolli nadó con fuerza dejando atrás a Frank, alcanzó a salir, miró hacia atrás y observó cómo las compuertas se cerraban y Frank no lograba escapar.

Frank se sintió utilizado por alguien a quien no consideraba inteligente, o menos inteligente que él. Sintió rabia consigo mismo, se culpó por no haber visualizado la falta de confiabilidad de una persona como Grolli. En ese momento entendió la inexistencia de una uniformidad de códigos morales. «Quienes tienen menos herramientas para sobrevivir, son quienes menos se ven afectados por sus decisiones arrolladoras. Muchas personas no tienen la capacidad de ver la panorámica, simplemente no ven, por lo mismo, cuando se les abre una puerta, se lanzan como salvajes», pensaba. «No lo culpo, su inteligencia no le da para más».

Frank no podía lidiar con el frío, sus manos estaban congeladas, no podía abrir el cierre de la mochila. Intentaba una y otra vez, pero sus dedos no lograban apretar el tirador. En el interior tenía una manta para evitar la fuga del calor. Su cuerpo empezaba a apagarse lentamente; a ratos dormitaba, mientras por su mente pasaban las imágenes de los mejores momentos de aquellos años felices en el domo, todos tenían relación con Tina, su novia.

Frank conoció a Tina en un parque acuático virtual, ella estaba solitaria en un bar y a ratos cruzaba miradas con él, quien estaba en una mesa con un par de amigos. El corazón de Frank se aceleró desde el primer momento. Se sentía asustado por la belleza abrumadora de esa mujer, pero a la vez se sentía valiente, sabía en su interior que ese día saldría de la mano con Tina. No existía otra persona en el mundo que, en tan poco tiempo, y aún sin conocerla, le provocara tantas emociones agradables.

Frank se estaba entregando al abrazo letal del frío usando sus últimos momentos solo para recordar a Tina, estaba muriendo con una sonrisa en los labios cuando de pronto se escuchó un estruendo junto con un fuerte sismo. Despertó y pudo ponerse de pie, su corazón latía revolucionadamente, su mente se aclaraba y pensó: «Explotó la bodega de combustibles, el incendio está fuera de control. Necesitarán toda la potencia de la sala de bombas y, en menos de dos minutos, abrirán las compuertas en forma permanente para asegurar el caudal suficiente para el sistema de extinción. Debo mantenerme caliente y consiente solo por dos minutos».

Frank avanzó hacia la compuerta, a pesar de que su cuerpo vibraba involuntariamente. Se colocó frente a la división de las dos puertas, se amarró a una con los tirantes de la mochila y esperó. Al abrirse las compuertas, entró el agua en forma violenta, sin embargo, la mochila lo resistió. Con sus últimas fuerzas se arrastró hacia afuera y llegó a un claro en el exterior. Sintió el abrazo del calor del sol por su cuerpo, dormitaba a ratos pensando en los siguientes pasos, sin embargo, sin darse cuenta, se durmió en forma profunda durante varias horas. El frío de la noche lo despertó nuevamente, se levantó para volver a la orilla del río a lavarse e hidratarse; luego estuvo listo para caminar esa primera noche de fugitivo.



Capítulo 4

«Debo avanzar solo de noche y esconderme de día. La oscuridad será mi mayor aliada; necesito moverme sin ser visto. Debo abarcar el máximo de distancia en el mínimo de tiempo. Me permitirá llegar pronto a zonas donde mi búsqueda no es prioridad. No confiaré en nadie hasta llegar a las ciudades fuera del control del gobierno. Debo obtener cosas para intercambiar. De ahora en adelante, no usaré el saldo virtual».

Frank recordó durante un momento las reglas básicas de un fugitivo en los juegos virtuales. A veces le gustaba ponerse en el rol de un forajido.

Se alejó lo suficiente del río como para confundirse entre la maleza y caminó en sentido contrario a las luces de las instalaciones; calculó que luego del incendio se darían cuenta de su ausencia en menos de dos días, ventaja que aseguraba el éxito de su travesía hacia las tierras no controladas por el Gobierno Unido.

El Gobierno Unido, era una organización de unificación de las zonas donde las personas vivían bajo ciudades domos gigantes y en donde la mayor parte de sus actividades, tanto laborales como recreativas, las ejecutaban de manera virtual. Las personas se sentían orgullosas de pertenecer al GU. Vivir en un módulo dentro de un domo solo lo podía hacer la elite. El costo de vivir en un módulo era altísimo, pero tenía muchas ventajas para un ser humano si se comparaban con quienes estaban fuera del GU. Las personas gozaban de una temperatura adecuada, de la hidratación necesaria, una alimentación equilibrada, protección militar, además de trabajos para mantenerse dentro del GU.

Frank llegó a un módulo a los doce años gracias al sacrificio de sus padres, quienes provenían de una aldea a la intemperie. La vida allí era

difícil, sacrificada y en estado permanente de guerra contra saqueadores y colonizadores. Todo, en una tierra cada vez más desértica e inhóspita.

—Buenos días señora Ana Altimor, señor Jan Altimor. Hola, niño —dijo el guardia a la entrada del edificio de admisión para el GU.

Los padres de Frank fueron conducidos a una enorme oficina en donde los hicieron esperar por varias horas. Estaban nerviosos, Frank intentaba jugar o dormir; aburrido, simplemente quería pasar el rato, sin embargo, no reclamaba a sus padres, sabía que ese momento era demasiado importante para toda la familia. De pronto, se escucharon los sonidos de unos tacos que venían a paso firme por el pasillo, luego del rechinar de la puerta, se asomó una mujer alta, rubia, de ojos verdes que no mira a los padres de Frank, tampoco saluda y se dirige a sentarse en el escritorio.

Levantó la cabeza y dijo:

—¿Sabes cuánto cuesta entrar acá?

—Sí, por supuesto —contestó Jan.

—Entonces, ¿por qué nos hacen perder el tiempo? Revisamos sus saldos y no tienen los doscientos mil universales. Ni siquiera sumando a los dos.

—¿Doscientos mil? El trato era por ciento ochenta y cinco mil, y eso es todo lo que tenemos —respondió Jan con cara de asombro y preocupación.

—Por favor, señorita —dijo entre lágrimas Ana, quien era una persona muy sensible.

La sensibilidad excesiva de Ana hizo que Jan nunca se permitiera ser débil. Asumió toda su vida el rol de protector, de la persona que da esperanza, la que llora en silencio, la que abraza y promete lo imposible, y trabaja por ello hasta que las prioridades cambien y el deseo causante de la desolación desaparezca. Él siempre se dirigía en dirección contraria a los que escapan. Su temple, su autocontrol, siempre le permitían ser un líder en el caos. Esa vez no fue distinto, se acercó al oído de Ana y le dijo:

—Lleva al niño al pasillo; solucionaré esto, dame un par de minutos.

Ana lo miró y obedeció, confiaba en Jan.

—Señorita, ¿cuál es su nombre? —preguntó Jan a su interlocutora.

—Solange Santa Fe, y de verdad lo siento.

—¿Qué siente?

—Siento mucha pena que su visita sea en vano, no obstante, no está en mis manos hacer algo a favor de esa diferencia.

—Mire, tengo un archivo que dice ciento ochenta y cinco mil por quince años, con posibilidades de quedarse en un plan mixto de trabajo exterior y vida en módulo.

—Ese es el plan básico, pero ahora cuesta doscientos mil. Ese papel tiene un código de verificación virtual y ya es inválido.

—¿Qué otra alternativa tengo.

—Las otras alternativas, señor Altimor, son aún más imposibles para usted.

—Dígame algo que no sepa, algo que me ayude. No me venga con obviedades.

—Ese no es mi trabajo. Por favor, retírese.

Frank entró corriendo y le dijo a Jan:

—¡Papá! ¡Papá! Un señor quiere que vaya a su oficina.

—¿Quién? —preguntó Jan frunciendo el ceño.

—El señor que le dio medicina a mi mamá cuando se cayó.

—¿Tu madre se cayó?

—Sí, pero no fue mi culpa.

Jan corrió hacia el pasillo con el niño de la mano hasta una oficina al fondo del segundo piso. Ana estaba sentada, llorando, con un vaso en la mano. Jan se acercó y la abrazó.

—Señor Altimor, permítame conversar con usted. Por favor, acompañeme.

—Enseguida señor. ¿Cuál es su nombre, perdón?

—Antonino Doval, pero usted puede llamarme Anto.

—De acuerdo, don Anto.

—Anto, no don Anto.

—Bueno.

—Mire, Jan, muchas personas llegan a solicitar caridad para que sus hijos tengan esta protección brindada solo por GU.

—No me venda de nuevo algo que ya resolví comprar.

—Siempre es bueno recordarle por qué está aquí, su señora me contó todo. Le haré una oferta, no porque me dieran lástima, ni por caridad, solo por lo que dijo Frank.

—¿Frank? ¿Frank? ¿Qué dijo Frank?

—Disculpe, usted no lo entendería. ¿Escuchará mi oferta o no?

—Lo escucho.

—Ciento ochenta y cinco mil, siempre y cuando firme un papel que nos autorice a inducir a Frank a que tome un oficio militar.

—Militar, eso es bueno, ningún problema, a él le gustará.

—Necesito que me entienda. Frank puede que no sea un gran general. Que lo induzcamos a esa vocación no significa que llegue a ser un soldado oficialmente. Y, por cierto, el contrato será de por vida.

—Ahora no entiendo.

—Necesitamos un niño con la inteligencia de Frank y con una inquietud libertadora. Han venido acá y lo más probable es que este sea el mayor triunfo de su vida, en comparación con sus pares de infancia. Eso a mí no me sirve, necesito que nos aporte en la lucha que todo humano perteneciente al GU o no debe liberar en contra del enemigo común. Necesitamos inspiración, un héroe, un líder.

—Entiendo, no un general, un líder. Quiero firmar.

Antonino dejó ver una sonrisa un tanto maliciosa. Mientras, se retiraba el pelo de la cara haciéndole un ademán a Jan para que se sentara frente a su escritorio y firmara un contrato vitalicio.

Frank caminó prácticamente toda la noche, cada cierto tiempo miraba hacia atrás para ver cuán pequeñas se hacían las luces del domo en construcción. Su corazón latía más rápido, en el fondo sentía miedo, quizás sus padres le reprocharían su determinación. Cada vez que Frank se comunicaba con sus padres, le hacían saber la satisfacción de haber podido brindarle la oportunidad de estar dentro del GU y lo instaban a aprovechar esa oportunidad deseada por cientos de miles de personas afuera.

Caminaba cincuenta minutos exactos y descansaba otros diez para hidratarse, comer y dormir. Así estuvo por más de ocho horas hasta el amanecer cuando de pronto, a la distancia, divisó unas luces. «Debe ser una aldea», pensó. Sin embargo, fiel a sus leyes, prefirió armar un refugio para dormir durante el día. Atravesar el claro hasta la aldea era peligroso. Lo haría al anochecer.

Frank dormía profundamente bajo unas ramas y restos de chatarras que le fueron útiles para su refugio. Ya era pasado mediodía cuando un

zumbido suave pero permanente lo despertó. Frank abrió los ojos y miró a su alrededor. «¿Qué he hecho!», dijo en voz alta. Se dio cuenta de que nada era un sueño, se había fugado y roto un contrato con el GU, la nación más poderosa de la Tierra. Ahora era un traidor fugitivo.

Dirigió su mirada hacia el zumbido, era justo en el aire, sobre su refugio. Observó un brillo débil. No era otra cosa más que el reflejo del sol sobre un dron de baja altura. Muy despacio tomó su equipo mientras pensaba en un plan. «No puede estar aquí por mí, es solo una casualidad. No debo provocarlo, simplemente mantener la calma y dejar que se vaya», pensó. Frank esperó por tres horas, dormitando a ratos, cuando, de pronto, dejó de escuchar el zumbido y decidió marcharse sin esperar la noche.

Fijó su dirección hacia la aldea divisada el día anterior y se dispuso a correr con todas sus fuerzas. Sentía el zumbido en la nuca, quería creer que solo era una sensación producto del estrés, sin embargo, cuando miró hacia atrás, el dron lo seguía muy de cerca. Frank se detuvo y levantó las manos, el dron se acercó frente a él por varios segundos. Sabía que alguien lo observaba desde algún lado y pronto concluyó que no era un dron de su última destinación, pues ellos no controlaban drones de observación, solo de combate. Se sintió aún más perseguido, alguien solo lo estaba mirando, a la vez, el mismo se miró a través del reflejo con las manos en alto, jadeando, derrotado, prefiriendo ser recapturado. Se vio inventando mentiras para parecer inocente, pensaba en mil excusas. Aún tenía la caja entregada por Grolli, más la desaparición de él, podrían darle argumentos suficientes para parecer víctima y evitar cualquier represalia. Por otro lado, se imaginó derribando al dron, o que algo sucediera alrededor que le permitiera crear la distracción necesaria para seguir su camino. Pero nada sucedía, el dron se empezaba a alejar muy lentamente intentando decirle lo pequeño e insignificante y fácil que era de ubicar.

Cuando el dron se alejó, caminó a paso más lento y entendió que su captura no era de interés del GU. Quizás no era importante, pensaba, solo era un número más, un hijo de extranjeros pobres, para ser un servidor de los ricos. Apuró el paso mientras se decía a sí mismo: «Bien hecho, Frank. Te liberaste, no trabajarás para otros, solo para ti; no obedecerás a nadie más, solo a tu hambre, sed, celos, placer y a tu único objetivo, conocer lo desconocido, vencer a lo invencible».

Para el crepúsculo vespertino estaba ya muy cerca de la aldea. Se paró sobre una nave de transporte de pasajeros abandonada en la cúspide de una pequeña colina. La perspectiva para observar la aldea era buena. Al mirarla, vio que no era lo que imaginaba, ni a las vistas en su simulador, esta era totalmente real. Colores desteñidos mezclados con óxido, ruidos no sincronizados e incómodos para el oído, gente de distinto porte, color y textura intentando capear el calor, algunos vendiendo alimentos en condiciones sanitarias poco confiables. La mayoría portaba armas en sus espaldas o colgadas a un costado. Más que una aldea, parecía un campamento militar.

Elevado sobre la nave veía a la gente pequeña en sus quehaceres o simplemente sin ellos, sabía que al bajar ya no tendría un estatus, no tendría familia, no tendría amigos, solo sería uno más empezando desde cero hacia un destino más ambicioso que cualquiera de ellos. Frank sintió miedo.

Esa noche se acostó sobre la nave, estuvo por largo rato mirando las estrellas, imaginando el futuro; en todos los escenarios posibles armados en su mente, se elevaba siempre como un triunfador noble y admirable. «Frank, eso no sucederá, al menos no tan fácilmente», se dijo a sí mismo y se durmió.

Capítulo 5

Al empezar a recorrer la aldea, notó miradas de desconfianza de parte de las personas con quien se cruzaba; de pronto, un hombre con una insignia en el brazo izquierdo se le acercó:

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Frank Altimor, ¿y usted? —respondió mientras se acercaban más personas a su alrededor.

—¡Aquí yo hago las preguntas! Tú estás en nuestro refugio —le aclaró el soldado.

Las personas empezaron a insultar y empujar a Frank. Él con las manos arriba, intentaba demostrar que no era una amenaza.

—¡Eres del GU! Tienes las marcas de las sondas —le dijo este hombre alto, musculoso, de tez oscura y falto de algunos dientes mientras le tomaba la cara e inspeccionaba su cuello y pecho. Frank tenía las cavidades en el cuello de las sondas características de las cápsulas de última generación para vida virtual.

—¡Escapé! ¡Escapé! Por favor, quiero unirme a ustedes.

—¡Que se vaya! ¡Fuera! ¡Ándate! —gritaban desde la multitud.

—Mi nombre es Ted —le dijo el hombre de la insignia. Luego se giró y le gritó a la multitud:

—¡Lo llevaremos con Adriana!

Todos rieron y abrieron paso a la vez que le hacían gestos para indicarle que estaba irradiando miedo.

Adriana Tesmon, una bella mujer adulta de unos cuarenta y cinco años, pelo rubio largo, tez blanca, ojos verdes, labios delgados y con facciones absolutamente simétricas, siempre llevaba con un vestido blanco, casi transparente, sobre su ajustado traje, dejando entrever su hermosa figura. Era esposa del general Pelip, del GU, ambos se habían fugado

luego de que su hijo detectó, con tan solo diez años de edad, la forma de eliminar cualquier configuración del cerebro del usuario de una cápsula de parte de los controladores del GU. No eran novedad las sutiles inducciones a tomar determinadas decisiones que el gobierno hacía a través de los programas para interacción de vida virtual.

El general Pelip era un sanguinario militar capaz de hacer todo con tal de obedecer los deseos de la gran asamblea del GU. Se escuchaba de él que había eliminado por completo a la aldea Carmeliana cuando esta no quiso ceder terrenos para un domo del GU. Pelip mandó a rociar la aldea con combustible y luego, montado sobre dos drones pequeños, con un pie en cada uno, sobrevoló la aldea a baja altura fumando un cigarrillo. Los aldeanos intentaban escapar, pero estaban rodeados y eran abatidos. Otros intentaban sacar el combustible; los más pesimistas simplemente mataban a sus familias y luego se suicidaban. Los más optimistas se arrodillaban suplicándole clemencia, mientras la mayoría intentaba derribarlo con armas primitivas como ondas y lanzas, en ningún caso armas de fuego, eso generaría chispa iniciando el fuego. Pelip nunca miró hacia abajo, siempre fumó mirando el horizonte. En esos minutos causó más muerte y terror por asfixia de la que estaba por venir con las llamas. Soltó la colilla encendida y el fuego se propagó con rapidez, miró hacia abajo dejando ver una forzada sonrisa. Luego dirigió la mirada hacia los drones de combate autónomos, haciendo un gesto para autorizar un bombardeo masivo y se retiró con las manos atrás, perdiéndose en el horizonte, sin testigos.

Adriana y Pelip eran intocables en el GU, constantemente eran invitados a todo tipo de eventos sociales. Tenían roce hasta el más alto nivel. No existía hombre o mujer que no los conociera, sus rostros estaban en todos lados y fueron el ejemplo a seguir para los habitantes del GU.

Cuando la gran asamblea llamó a Pelip aquella mañana de solsticio de invierno, fecha de celebración por la caída del mundo primitivo, no le pareció extraño. «Quizás deba ser para alguna ceremonia», pensó.

—General del Aire, Señor Pelip Tesmon, NPI 882455-7, identifíquese —le dijo el vocero.

Pelip hizo un gesto irónico, como diciendo «soy yo», pero accedió a ser identificado por un asistente.

—General, requerimos de usted la lealtad al GU demostrada hasta este momento. Se lo pedimos sabiendo que llevará a cabo esta misión como cualquier otra. No dudamos de su integridad y compromiso con la causa de la Gran Asamblea del Gobierno Unido, sin embargo, necesitamos...

—Si confían en mí, solo bastaba una orden a mi notificador. ¿Qué pasa? —preguntó con un tono de voz desafiante.

—Tranquilo, general, pero la integridad del sistema está en riesgo. Se ha descubierto la forma de evitar que los usuarios atiendan el futuro de la causa de la forma requerida. Quien descubrió esto, lejos de alertarnos, difundió la forma a más de mil usuarios. En estos momentos todos están aislados, incluyendo a su hijo.

—¡Sabino! Solo tiene diez años, no es una amenaza, yo hablo con él. ¿Qué harán con los mil?

—¡General! Sabino Tesmon, su hijo, es acusado de iniciar este acto terrorista en contra del GU y su causa. Los mil serán dormidos por tres años. Si el GU no encuentra la forma de hacer nuestro sistema más seguro, en ese periodo serán apagados, incinerados y no tendrán derecho a acto ceremonial.

—Están locos —dijo en voz baja el general

—Le escuché —dijo el vocero—. Aún no sabemos el costo para el GU de este acto subversivo.

El general mantuvo la calma, juró lealtad, reconoció a la asamblea la sabiduría de la decisión y se retiró. Llegó a su módulo y se conectó con Adriana, a quien pidió que solo lo escuchase y le contó la historia del cangrejo negro con el dedo mayor sobre el índice de la mano izquierda, señal de que su interlocutora debía leer entre líneas.

«El cangrejo negro no llora, hace llorar; el cangrejo negro no muere, él asesina. Del cangrejo negro no se escapa, él es parte de ti. Pero el cangrejo negro no es negro, es invisible. Lo negro es el rastro de su huella; si atacas la huella, el cangrejo ya no está ahí. Debes rodear más allá de la huella. Esperarlo, cortarle el camino. Hubo un oso solitario que amaba a su cangrejo, pero al cangrejo no le gusta que lo amasen, y el oso, mientras más se cubría de negro, más amaba al cangrejo. El cangrejo se sintió burlado e intentó desaparecer, pero mientras más desaparecía, más triste se ponía el oso. El cangrejo, para matarlo de pena, abandonó al oso,

desapareciendo para siempre. El oso siempre fue solitario y, abandonado por primera vez, decidió experimentar nuevamente la sensación de compañía, pero ya no con un cangrejo, sino con otros osos, más allá de sus fronteras, donde nadie lo llamaría “el oso solo”».

Adriana entendió el mensaje, sabía que debían amar al GU para que dejaran de monitorearlos más allá de lo normal y confiaran en ellos como siempre. Tenían tres años para planificar el escape con su hijo. Se coordinaron, siempre a través de historias falsas con mensajes encriptados.

Cuando sucedió la fuga, Pelip perdió la vida, Adriana sin mirar atrás siguió hacia adelante. La esperaba un ejército de fugitivos del GU, sin embargo, en la batalla perdió la mitad de sus soldados y su hijo fue recapturado por un dron del GU.

La aldea a la que llegó Frank era en realidad un ejército de hombres y mujeres leales al general fallecido, con la misión de rescatar a su hijo. Sabino era un arma poderosa.

Adriana miró a Frank y le dijo:

—¿Cómo entraste? ¿Cómo burlaste la seguridad del perímetro?

—No divisé seguridad alguna.

—Hace cuánto entraste.

—Ayer por la tarde.

Adriana se levantó de la silla, ordenó verificar los puntos de vigilancia y pidió reporte a las patrullas de observadores adelantados.

Las sospechas de Adriana eran ciertas, todas las patrullas de perímetros junto con los observadores adelantados, habían sido asesinados, probablemente por drones del GU. Ella no entendía la finalidad de los actos terroristas en su contra, siempre se preguntaba por qué aún no los habían aniquilado a todos.

—Nos moveremos, alejémonos lo más posible de los territorios del GU. Ordenó Adriana.

—¿Hacia dónde nos movemos? —preguntó uno de sus capitanes.

—Hacia el noreste, nos instalaremos como aldea satélite de la gran ciudad Victoria.

—¿Qué hacemos con el chico? —preguntó Ted.

—Entréguele un arma, queda bajo tu mando. Movámonos rápido —ordenó Adriana.

A Frank le entregaron un arma vieja, sin embargo, él se sintió importante, por primera vez tenía un arma real en un escenario real. «¿Qué tan diferente puede ser?», se preguntó y siguió tranquilo, sentado en la parte trasera de uno de los vehículos escoltas de Adriana.

La caravana se movía rápido, los conductores de vehículos terrestres y de aire se intercambiaban puesto sobre la marcha, también cargaban combustible de esa forma y repartían alimentos, siempre con la caravana en movimiento. Frank dormía cuando sintió que el vehículo en el que viajaba aceleró. Despertó con cara de asustado.

—¡Tranquilo! —le dijo una soldado—. Vamos a relevar a la partida de avanzada.

—¿Y tú, en qué momento llegaste aquí? —preguntó Frank a la mujer.

—Vine a prestar apoyo. Este vehículo será parte de la partida de avanzada. Cuando llegemos deberás quitar el seguro de tu arma, estaremos doce horas en alerta y cualquier amenaza que se presente debe ser eliminada. Si no podemos, solicitamos apoyo y, si es más grande en número que nuestra caravana total, retrocederemos y buscaremos otra vía. Fácil.

Frank asintió con la cabeza y mantuvo la mirada en el rostro de la soldado.

—¿Cómo te llamas?

—Valeria, y tú te llamas Frank. Ahora dejarás de mirarme. Sí, soy bonita, todos me desean, pero no eres el único y creo que tienes posibilidades, pero ahora necesito tus ojos puestos en el camino. Ya hemos llegado a la vanguardia, saca el seguro. Yo vigilo hacia el poniente, tú hacia el oriente.

Frank asintió otra vez, tomó posición, perdió su mirada en el horizonte y pensó en Tina; hacía días que no tenía contacto con ella, necesitaba una cápsula para conectarse, imaginaba liberándola del compromiso, autorizándola a seguir adelante con su vida, deseándole toda la felicidad del mundo.

—Pero si me amas, ¿por qué te fuiste?

—No será eterno, volveré, pero no quiero verte triste, por lo mismo te libero. Por favor, se feliz.

—¿Tienes a otra?

—Por supuesto que no. Eres la más bella mujer de todas, eres mi primer pensamiento del día y el último antes de dormir. Eres mis sueños más felices y lo que está sucediendo ahora, la peor de mis pesadillas. Si de mí dependiera, me quedaría, no soporto perderte, pero debo hacer algo importante; no te lo puedo decir, no lo entenderías, pero algún día sabrás toda la verdad. Ahora solo soy un fugitivo, escucharás de mí muchas cosas, pero algún día seremos libres y estaremos juntos por siempre.

—No quiero alejarme de ti, te esperaré, amor, cueste lo que cueste. No te olvides de regresar por mí.

Luego de esa conversación perfecta, Frank imaginaba haciéndole el amor a Tina por última vez antes de marcharse, mientras ella dormía con una sonrisa.

—¡Dispara, Frank! —le gritó Valeria.

Frank miró a su alrededor y se dio cuenta de que eran atacados por siete vehículos.

—¿Quiénes son? —preguntó mientras apuntaba.

—Saqueadores, simples ladrones. Dispara.

Frank apretó el gatillo, pero el arma falló; movió los mecanismos, pero su arma no disparó.

—¡Qué te pasa, idiota! ¡Dispara!

—Se trabó, no dispara —respondió Frank tartamudeando.

Valeria le quitó el arma y le pasó la suya, movió los mecanismos con fuerza y disparó el arma sin inconvenientes. Frank, con el arma de Valeria, apuntó a un saqueador que se acercaba con una moto planeadora antigraavedad, apretó el gatillo, pero no apoyó bien el arma en su hombro y la culata lo golpeó en la cara, cayó sobre la camioneta soltando el arma para cubrirse la cara.

Cuando los saqueadores se fueron, Valeria reprendió a Frank e informó al jefe de la patrulla de la miserable actuación del soldado nuevo. Ted, el jefe de la patrulla, le quitó el arma a Frank y le asignó las tareas de limpieza y cocina. Frank, en menos de dos días, hizo los suficientes méritos para ser considerado de la servidumbre, estaba rodeado de mujeres ancianas y niños que limpiaban y preparaban raciones para los soldados hasta la llegada a la periferia de ciudad Victoria.